

afirmación de procedimientos narrativos y de paraficción relativamente depurados, concretamente estos dos: la coexistencia de estratos temporales diferenciados y autónomos, armonizados en el discurso de la crónica, y la difusa constitución de personajes indisociables de una vivencia personal, que llevan a indagar y a cuestionar el agente de aquel crimen de lesa inocencia sobre el que parece haber sido formado el escritor adulto y la obra literaria que en él reconocemos.

El autor de «*Quem me assassinou para que eu seja tão doce?*» ya no es, evidentemente, un novelista en formación que testa en las crónicas e incluso aprende en ellas el estilo de las novelas que han de venir. El cronista es simultáneamente un novelista consolidado como tal, que voluntaria o involuntariamente, articula en la crónica una especie de «descenso a los infiernos» (traumas y pérdidas, engaños y desengaños), descenso que, por lo que en ella va siendo descubierto, ilumina también un proceso que podría designarse así: identificación de un escritor marcado por la infancia y por la familia. Las crónicas ofrecen esa identificación a los lectores de Lobo Antunes, lectores relativamente diferentes a los que convoca la ficción, porque lo son en el contexto de la recepción cronística, con todo lo que eso implica respecto al contrato y al escenario de lectura, y que ahora no analizaré.

Hablo aquí de identificación de un escritor, teniendo bien presente que este escritor concreto vive (e incluso parece deleitarse con eso) en tensión latente, y a veces expresada, con aquello que llamamos institución literaria, con sus protocolos, con sus rutinas y con sus procedimientos de canonización. Para resumir correcta y expresivamente esa tensión en conflicto, cito un paso de la crónica en la que Lobo Antunes habla de los premios literarios: recordando el asombro con el que el amigo José Cardoso Pires lo veía «amontonar los trofeos en el cuarto de baño» (Antunes, 2002a: 24), Lobo Antunes explica:

El cuarto de baño, cerca del váter, es el único lugar digno para las recompensas literarias que, además, por regla general son feísimas: mis monstruos, en exposición en el mármol del lavabo, contienen un higiénico efecto repulsivo. Para ser totalmente sincero, no los considero míos, sino sólo un intento de anularme adoptándome, como hicieron con el pobre Camilo al nombrarlo vizconde de Correia Botelho (Antunes, 2002a: 155).

No entraré ahora en la tentadora cuestión de saber cuál es el alcance efectivo de un juicio tan negativo que viene de un escritor que, de hecho, ha aceptado recibir distinciones e incluso, en el caso del texto que

he citado, compararse, por esas mismas distinciones, a un cofrade ya canonizado. Y tampoco intentaré anticipar lo que hará el mismo escritor si un día le otorgan el premio de los premios, si sólo lo aceptará siempre que (como dice) «no me obliguen a aceptar entrevistas ni a hacer discursos» (Antunes, 2002a: 154), cosa que, en el caso de dicho premio, parece difícil de evitar. En vez de eso, trato de relacionar la autoconciencia de escritor con la emergencia del pasado familiar y de las figuras que lo pueblan, recuperadas en dos crónicas reunidas consecutivamente en el volumen *Segundo Livro de Crónicas: «Isto» y «Assobiar [silbar] no escuro»*.

En la primera, abre el texto la explicación del nacimiento del escritor:

Creo que me convertí en escritor porque de pequeño mi padre me curaba las gripes con sonetos en lugar de aspirinas: por la parte de la boca que la pipa no ocupaba salían al mismo tiempo fumaradas y tercetos cuyo efecto medicinal, sumado a las cataplasmas de linaza de mi madre, me hundían poco a poco en un especie de coma rimado, del que no me libré totalmente ya que respondo a los policías de las multas con alejandrinos contados con los dedos en el capot del coche (Antunes, 2002a: 121).

Vistas así las cosas (digo yo), dialogar con guardias urbanos en alejandrinos bien medidos casi es lo mismo que apilar trofeos literarios en el cuarto de baño, visibles desde el váter. En ambos comportamientos hay una deliberada (casi calculada) derogación de códigos sociales y culturales, que bien se adivina en la crónica siguiente, titulada «Assobiar no escuro». Esta cuestiona la adopción de un rumbo de vida heterodoxo que diverge de la prudente (imprudente, para el escritor) recomendación de los padres: «Déjate de fantasías».

El motivo conductor «déjate de fantasías» es el anverso de una actitud de vida (de vida literaria) en cuyo reverso está la negación de la comodidad institucionalizada, negación traducida en la actitud de «silbar en la oscuridad». Se adivina en ese silbido el conjuro todavía infantil de fantasmas y de miedos insertados en un sentimiento dominante, la inquietud que acompaña a quien huye de la «ambición de poder» y adopta «las pequeñas flaquezas donde el placer se esconde». Escribe Lobo Antunes:

Supongo que la inquietud es la diferencia entre la realidad y los proyectos soñados: eso impide que sienta las tentaciones de gloria de los intelectuales, es decir, entrar sin invitación donde no me desean. Por regla general me quedo un

momento en el felpudo de la entrada antes de irme, a disgusto del espectáculo: la vejez de los nacidos muertos me entristece (Antunes, 2002a: 124).

El escritor que así se identifica es aquel que, sin haber seguido el consejo «déjate de fantasías», optó por una ética de escritura mencionada en la singular y felliniana crónica «António 56 1/2»: «A la ética de consumo de los demás contraponía una ética de producción, no por cualquier especie de virtud [...] sino por incompetencia en la utilización de los mecanismos prácticos de la felicidad» (Antunes, 2002a: 18).

A este lado de los «mecanismos prácticos de la felicidad», Lobo Antunes cultiva la crónica, sin reducirla (contrariamente a lo que afirma) a un mero ejercicio lúdico o comercial, sino convirtiéndola en un lugar de inscripción de grandes temas que la vida del escritor o el oficio de narrador (se incluye en éste, evidentemente, la construcción de un universo propio siempre en movimiento) regularmente exhiben. A esos temas me he ido aproximando: la cuestión de la escritura, tema que confirma el rigor de aquella «ética de producción» que antes he citado, la evocación de la infancia normalmente en conexión con la presencia de la familia, la guerra colonial y, en general, la representación de pasados traumáticos, también y aún lo cotidiano, con sus pequeños dramas, frustraciones y protagonistas anónimos.

Hablo del tema de la escritura desde una acepción que cubre un arco muy amplio de vivencias y situaciones. En su punto más abarcador, el estilo llega al texto de estas crónicas como acto que, más que gesto aislado y circunstancial, resulta de un gran proyecto de vida, y es subrayado como tal en momentos de autoanálisis mitigado: la crónica citada «António 56 1/2», no por casualidad situada en segundo lugar en la estructura del *Segundo Livro de Crónicas*, acentúa la honda dimensión existencial de una opción de vida en la que resuena la infancia obstinadamente revisada («Tardes no jardim, bibes, triciclos»; Antunes, 2002a: 19), con tiempo recorrido y ponderado, hasta el presente donde se da este maduro distanciamiento de quien se ve como otro; en el momento casi final de un balance que confirma la persistente consagración de un arduo y sufrido camino —«me lo jugué todo en el acto de escribir» (Antunes, 2002a: 17)—, lo que queda es la expectativa tenue de una cierta permanencia, en los términos de una conciencia casi romántica de la singularidad del escritor. «Con un poco de suerte», escribe Lobo Antunes, «tal vez dejase detrás de sí mismo un rastro, no su sombra, no una memoria: solamente aquello que, más profundo, en sí mismo escondía: lo que tenía de más que los restantes» (Antunes, 2002a: 19).

Esto que el escritor tiene «de más que los restantes» también es una relación física con la escritura, resuelta en una lucha cuerpo a cuerpo con la novela que está escribiendo: «Nunca me gusta lo que escribo, creo que aquello en lo que trabajo es lo más difícil, creo que las palabras me derrotan. Frases izadas como piedras de un pozo que no veo» (Antunes, 2002a: 206). Entonces, en el límite del sufrimiento que la escritura implica, cuando siente «el plano de la historia dinamitado por los caprichos de mi mano», el escritor busca otra mano (otro cuerpo, con afecto y con ternura): «Es tu mano lo que necesito ahora. Hay momentos, sabes, que me siento tan cansado, todos estos días llenos de palabras que se me escapan. Entonces pienso en ti: Joana» (Antunes, 2002a: 205). Por fin, la única certidumbre permitida por este problema metaliterario de la escritura es la del recomienzo incesante: en la crónica «A compaixão de fogo», en la que procede a la amarga condena de premios y honras, António Lobo Antunes retoma también, en términos por suerte más consecuentes, la imagen de un Sísifo regido por aquella «ética de producción» de la que habla en algún lugar y que no es, obviamente, una producción en sentido comercial y económico, porque sobre todo es un trabajo de escritura, con la técnica que esa labor exige, con la valentía que el escritor convoca y con la osadía de una relación exigente consigo mismo y con sus lectores:

Miro las estanterías y veo pequeños nichos cerrados, con cadáveres dentro, a los que me repugna ofrecer los jacintos que se compran en la entrada a vendedores ambulantes de lágrimas. Mi labor consiste en deshacer libro a libro la calceta que he tejido, en desmontar los estados del alma que he creado, en tirar a la basura las estatuas que he pretendido que admirasen, en ser suficientemente valiente para subvertir las leyes que tomé como dogmas, en hacer balance a pies juntillas sobre mis errores, para llegar más lejos, cosa que me impide la satisfacción de la felicidad pero me reserva la esperanza del placer de mis lectores. Y no hay aquí ningún altruismo porque no soy un escritor generoso: sólo soy un hombre con orgullo que piensa que estar dotado es ir más allá de lo que se puede. No estoy en el mundo para ayudar a mis admiradores a cruzar la calle (Antunes, 2002a: 154).

Si la escritura es modo de vida (y asimismo, desde otro punto de vista, tentativa de superación de la muerte), es también, en las crónicas que suscita, instrumento y vehículo de acceso al gran tema de la infancia, que en Lobo Antunes es indisociable de las frecuentes menciones a la familia. Ya lo he dicho a propósito del *Livro de Crónicas*, cuando destacué la relevancia del universo familiar, del sentido de clan, de la